

con el sábio astrónomo florentino Toscanelli, que le dió un mapa, formado por él mismo, y en donde la costa oriental del Asia se hallaba situada frente á la occidental de Europa. Fundado en esta suposición el inmortal marino, presentó la teoría en que se apoyaba su convencimiento de la existencia de un camino occidental para las Indias. El amor á su patria le impulsó á dirigirse á la república de Génova, que desechó sus proposiciones, como tambien la córte de Portugal, donde Colon fué víctima de engaños y supercherías. No fué mejor acogido en Francia y en Inglaterra, donde generalmente se le tuvo por loco y visionario.

Llegó por fin á España en los últimos dias de 1484, siendo protegido en nuestro país por el P. Marchena, guardian del convento de la Rábida, en Andalucía, y por el arzobispo de Sevilla D. Diego de Deza, á pesar de que la universidad de Salamanca pronunció sobre su proyecto un fallo desfavorable. Grandes fueron los obstáculos que hubo de vencer Colon para hacerse oír, y sobre todo para que fuera admitida su proposición; pero la reina de Castilla, Isabel I, impulsada por un presentimiento de su corazón generoso, y movida por la esperanza de llevar la cruz de Cristo y las verdades del Evangelio á remotos países, á quienes con razón se presumía envueltos en las tinieblas de religiones falsas, secundó aquel designio gigantesco, sacrificando sus joyas por estar exhausto el Tesoro, y no querer comprometer en una empresa de éxito dudoso las riquezas de sus pueblos, ya tan agoviados á causa de las guerras con los moros. Terminó Colon su tratado con los reyes Católicos el día 17 de abril de 1492, y el 3 de agosto del mismo año salió del puerto de Paños (Huelva) una pequeña armada, compuesta de dos carabelas ó buques ligeros sin cubierta, y otro de mayor porte, llevando á bordo 120 marineros, al mando de Colon con el título de Almirante.

Cuando la tripulación, despues de haber perdido de vista las islas Canarias, vió que trascurría mas de un mes, y que habiendo salvado distancias inmensas, solo se presentaba ante sus ojos un mar sin límites, comenzó á desconfiar y á impacientarse, convirtiéndose despues los murmullos en amenazas. Pronto reemplazó al disgusto la desesperacion, y aquellos hombres, ansiando volver al lado de sus familias y al seno de la madre patria, solo pensaban en dirigir de nuevo su rumbo hácia Europa, dando la muerte al atrevido marinero que los habia comprometido en tan temeraria empresa. El vuelo de las aves, que incidentalmente se posaron en los mástiles de las carabelas, aquietó sobremanera la exaltacion de los ánimos, porque entreveían ya la esperanza de llegar al término de su viaje. Al fin, ofrecióse á los ojos de la tripulación una costa cubierta de espesa verdura, y poblada de árboles aromáticos, cuyos perfumes les llevaba en el ambiente la brisa de la mañana. Colon mandó anclar y echar las lanchas, que, llenas de gente, se aproximaron á la costa, donde se percibían ya